

Unidad 9.

El libro y las bibliotecas europeas y orientales en el siglo XX.

Escolar Sobrino, Hipólito. Las bibliotecas en los países socialistas. Pp. 484-488. En: Historia de las bibliotecas. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruiperez; Pirámide, 1990.

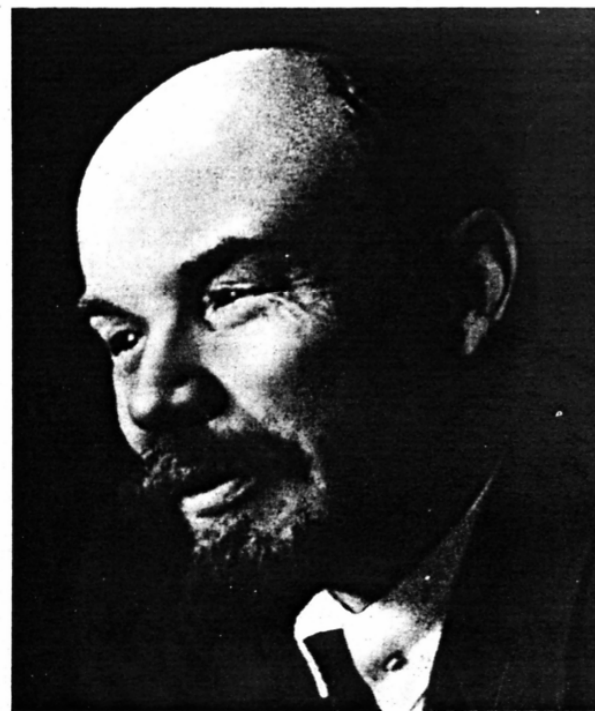
bliotecas. Pero tan pronto como son inauguradas, incluso sin terminar ni funcionar, con frecuencia se olvidan de ellas.

Las bibliotecas en los países socialistas

Nos hemos referido a las bibliotecas rusas del siglo XIX y a algunas de las creadas después de la Revolución de 1917. Pero hemos creído conveniente dedicar un apartado especial al conjunto de las bibliotecas de los países socialistas para destacar su crecimiento fantástico y sus colecciones que superan a las de los países occidentales, como los superan también en el número de libros que prestan. El crecimiento naturalmente se debe a los regímenes políticos, pues antes de instaurarse éstos no era en ellos muy brillante el panorama bibliotecario.

El cambio se debió concretamente a Lenin, que reconocía el valor instrumental del libro y su utilidad para el logro de los finés de la Revolución. No ha habido ningún político importante que se haya preocupado de las bibliotecas tanto como él, al que se deben unos 300 escritos (disposiciones legales y artículos) y discursos, creando bibliotecas, definiendo su misión y dando normas para su funcionamiento. Fijó las características de las organizaciones bibliotecarias en los países socialistas, con su carácter estatal, régimen centralizado, ampliamente abiertas al pueblo y funcionando a través de redes que permiten la intercomunicación entre los centros y acercan cualquier libro a los lectores situados en lugares apartados.

La legislación posterior, inspirada siempre en las ideas leninistas, ha tratado de aumentar la población servida para poner el libro a disposición de sectores que nunca tuvieron acceso a él (por ejemplo, los habitantes de regiones asiáticas y de zonas rurales), así como la eficacia de las bibliotecas y su influencia dentro de la vida social, la coordinación entre ellas, la formación de los bibliotecarios y la orientación de las lecturas de los usuarios. Paralelamente, y como consecuencia de la erradicación del analfabetismo y del desarrollo de la enseñanza, se despertó, como había pensado Lenin, una gran afición a la lectura y así cuando la URSS entró en la Segunda Guerra Mundial (1941) contaba con 277.000 bibliotecas, bastantes de las cuales sufrieron graves



Lenin, el político que más ha creído en la capacidad educativa de la biblioteca.

pérdidas o fueron destruidas, pero su reconstrucción y continuado desarrollo fueron considerados prioritarios hasta el extremo de que en 1950 eran más de 300.000 las existentes.

Al iniciarse el último cuarto del siglo XX la URSS disponía de 350.000 bibliotecas con más de cuatro mil millones de libros, visitadas, con más o menos frecuencia, por doscientos millones de personas que retiran al año cuatro mil millones de libros y están atendidas por cerca de 400.000 bibliotecarios, que se forman en unos 160 centros, de los cuales 28 son de grado superior.

De estas bibliotecas son públicas 131.000, con 300.000 sucursales y mil seiscientos millones de libros. Un 80 por 100 de las bibliotecas dependen de los ministerios de cultura y el resto pertenecen a sindicatos obreros, cooperativas agrícolas y otras asociaciones.

El sistema está organizado en forma piramidal. En cada localidad con más de 1.000 habitantes hay servicios bibliotecarios y en cada distrito, una biblioteca central, a la que están subordinadas todas las del distrito. Lo mismo sucede con las regiones, que cuentan con una biblioteca central, normalmente con más de un millón de volúmenes, de la que dependen todas las de los distritos. A su vez, las de las regiones están subordinadas a las centrales de cada una de las quince repúblicas federales, que contienen en conjunto cerca de sesenta millones de libros. Pueden considerarse bibliotecas nacionales de su respectiva república, reciben el depósito legal gratuito de lo que se produce en su territorio y un ejemplar pagado de todo lo que se imprime en la URSS, y facilitan información bibliográfica, incluida la científica y técnica.

Las bibliotecas suelen abrir unas 35 horas semanales, tienen servicio de lectura en sala y préstamo domiciliario y complementan sus actividades con bibliotecas para lectores con características especiales: niños, ciegos, sordomudos, disminuidos físicos y psíquicos, etc. Una característica de estas bibliotecas es el interés de los dirigentes y la preocupación de los bibliotecarios para que los lectores retiren obras de carácter político.

La URSS cuenta con 156.000 bibliotecas escolares que disponen de unos seiscientos millones de volúmenes, destinados primordialmente a facilitar los estudios de los alumnos. Suelen trabajar en colaboración con la biblioteca pública más próxima. En las escuelas elementales y pequeñas se encarga de la biblioteca un

profesor; en las que tienen más alumnos o un nivel superior hay un bibliotecario profesional.

Una importancia extraordinaria, como puede advertirse por las siguientes cifras, tienen las 65.000 bibliotecas con dos mil millones de libros que pertenecen al sistema de bibliotecas de la Academia de Ciencias de la URSS, a los centros de enseñanza superior, a institutos de investigación, a industrias, a empresas de construcción y transporte, a las organizaciones médicas y deportivas, etc.

La cúpula de las bibliotecas de la URSS se cierra con las dos nacionales de las que hemos hablado anteriormente, la Lenin, de Moscú, y Saatykov-Shchedrin, de Leningrado.

Si la política bibliotecaria de la URSS ha conseguido que sean lectores de libros una gran mayoría de la población, el 80 por 100, un porcentaje que casi duplica el del resto de los países, realmente el lector ruso tiene menos posibilidades de acceso al libro que le apetecería que el lector del mundo occidental a causa del sistema de producción de libros, que está centralizado y es muy rígido en su programación editorial, aparte, naturalmente, de la censura que impide la publicación de obras de un gran número de autores que no son partidarios de la moral y de las ideas comunistas.

Como hemos dicho antes, para Lenin las bibliotecas tenían que ser un instrumento para consolidar el triunfo de la revolución y de las ideas socialistas y han sido consideradas, consiguientemente, agencias informativas y educativas, y, de ninguna manera, lujosas instituciones culturales. Las sucesivas disposiciones de los gobiernos han sido dirigidas a reforzar su influencia y consolidar su papel social. Si, por un lado, crecen a buen ritmo y duplican sus fondos cada diez años, por otro, no dejan de oírse en el interior de la URSS quejas del gran porcentaje de sus fondos que nunca han sido consultados.

Los países socialistas en los que se implantó el comunismo después de la Segunda Guerra Mundial siguieron las pautas establecidas en la URSS, como en tantas otras cosas, en lo referente a las bibliotecas.

Pusieron un interés grande en el desarrollo de sus bibliotecas nacionales, algunas de las cuales llegan a los diez millones de volúmenes, como las de Checoslovaquia con diecisiete, Rumania

en trece y medio y Alemania Democrática con diez. Muy próximas a ellas están las de Yugoslavia con ocho millones. También pusieron interés en las bibliotecas universitarias, que en Polonia reúnen treinta millones de volúmenes, en Alemania Democrática veintiuno, en Rumania veinte, en Checoslovaquia y en Hungría doce y en Yugoslavia diez.

La preocupación de los países socialistas por la mejora de la calidad de la enseñanza ha favorecido el desarrollo de las bibliotecas escolares, que disponen de gran cantidad de libros: las polacas cien millones, las rumanas cuarenta y siete, las yugoslavas veintisiete y las búlgaras trece, por citar los ejemplos más representativos. Finalmente, el deseo de conformar ideológicamente a la población y de facilitar la ampliación de los estudios cursados en los centros docentes ha impulsado de forma extraordinaria a las bibliotecas públicas, cuyas colecciones son muy elevadas. Las de Polonia cuentan con noventa y cinco millones de volúmenes, las de Rumania con sesenta y uno, las de Bulgaria y Checoslovaquia con cincuenta, las de Alemania Democrática con cuarenta y seis, las de Hungría con cuarenta y cinco y las de Yugoslavia con veinticuatro. A estas cifras corresponden otras también elevadas de libros prestados anualmente: en Polonia ciento cuarenta y siete millones, en Checoslovaquia y Alemania Democrática más de noventa, en Hungría cincuenta y dos, en Rumania cuarenta y dos y en Bulgaria treinta y cinco.

Los últimos sucesos políticos acontecidos en estos países, que han puesto en tela de juicio la bondad de las políticas establecidas por sus gobiernos después de la guerra mundial y su paso a la esfera comunista, supondrán cambios importantes en la política bibliotecaria, que deberá orientarse a satisfacer las necesidades de los lectores y no estar al servicio de una línea ideológica estrecha. Pero también es posible que en Occidente se dejen sentir los efectos de estos grandes sistemas y los políticos presten más atención a la creación de lectores y a la cobertura geográfica de los servicios bibliotecarios dentro de su país.